

## LA MOTIVACIÓN Y LA RAZÓN COMO FUENTES DE CERTEZA UN GRAN ERROR DE DESCARTES

*Julián Sanz Pascual*  
*Licenciado en Filosofía*

La certeza es esencial para la vida, sin ella no nos podríamos mover. Nuestro olvidado filósofo catalán Jaime Balmes lo decía así de bien y de sencillo hace más de siglo y medio: "No estando ciertos de algo, nos es absolutamente imposible dar un solo paso en ninguna ciencia, ni tomar una resolución cualquiera en los negocios de la vida. Un escéptico completo sería un demente, y con la demencia llevada al más alto grado: imposible le fuera toda comunicación con sus semejantes, imposible toda serie ordenada de acciones externas, ni aún de pensamientos o actos de la voluntad. Consignemos, pues, el hecho, y no caigamos en la extravagancia de afirmar que en el umbral del templo de la filosofía está asentada la locura" <sup>(1)</sup>

En efecto, un escéptico absoluto no podría tomarse ni una modesta aspirina, pues para decidirse a hacerlo son necesarios una larga lista de actos de fe. Lo primero, una fe en lo que dice el envase -suponiendo que el envase habla-, lo segundo, una fe en el farmacéutico que nos lo dispensa, lo tercero, una fe en la gente que ha fabricado el producto, pero no sólo una fe en su *buena fe*, sino en su saber científico y técnico. A esto habría que añadir la fe en el idioma, en la convención a que todos los hablantes del mismo hemos llegado en materia de semántica para que esa palabra signifique lo que entendemos que significa, y aún se podrían añadir otros muchísimos actos de fe que, de manera más o menos consciente, nos vemos obligados a hacer.

De manera general, ante esta exigencia y necesidad de certeza" que todos sentimos, el hombre primitivo suele recurrir al horóscopo o al adivino o a cualquier orangután que tenga próximo, o a signos estelares o de cualquier naturaleza inanimada, incluso a los sueños; sin embargo el hombre culto suele recurrir a la razón. No obstante, frente a la certeza que nos da la razón, está la certeza que nos da la voluntad, la motivación, que a veces contradice a la razón y que para mucha gente resulta la más segura, aunque también puede resultar la más trágica. ¿Con cuál de las dos conviene quedamos?

Vamos a tratar de hacer un breve estudio sobre el tema en función de un sencillo texto de Descartes, quien, como buen racionalista que era, tenía una fe absoluta o casi absoluta en la razón.

En una de sus *Reglas para la dirección del espíritu*, afirma: "Apenas hay en la ciencia cuestión alguna que no haya suscitado a menudo discrepancias entre los hombres de talento. Ahora bien, siempre que dos de ellos pronuncian juicios opuestos sobre el mismo tema, es claro que por lo menos uno se equivoca, y ninguno en verdad parece poseer ciencia, pues si las razones de uno fuesen ciertas y evidentes, las podría exponer al otro de tal manera que terminara también por inclinar su entendimiento" <sup>(2)</sup>.

Tanta fe en la razón tiene este ilustre filósofo francés que piensa que con ella todos los problemas de comunicación y de entendimiento entre los hombres han de quedar resueltos. Se olvida, entre otras cosas, de que la comunicación la hacemos con el lenguaje y de que los términos no son tan precisos y estáticos como a él le convendría, como le conviene sobre todo a la lógica, sino que tienen siempre la posibilidad de ser dinámicos, a veces hasta imprecisos, que es más grave todavía. Esto se

<sup>1</sup> JAIME BALMES, *Filosofía fundamental*, B. A. C., Madrid 1963, p. 12.

<sup>2</sup> DESCARTES, *Reglas para la dirección del espíritu*, Regla 11, A. T. 363.

debe a que los términos, cuando se usan, no sólo se cargan de razón, sino también de motivación, de voluntad. A esto hay que añadir las diferentes relaciones de los hablantes entre sí y con las diferentes cosas de las que hablan, así como las diferentes relaciones que se desencadenan entre los términos dentro de los diferentes contextos, es decir, los enormes problemas de la semántica, que no hay modo de encontrarles una unificación en la que nos podamos poner de acuerdo todos los hablantes.

Entonces la primera dificultad estaría en disponer de un lenguaje en el que todos los factores de incertidumbre desapareciesen, lo que hoy por hoy resulta imposible, yo diría que indeseable, a no ser que nos condenemos a la inmovilidad, por no decir a la mudez por falta de dinamismo. Estamos hablando del lenguaje ordinario o natural, no de los lenguajes formales o simbólicos, sobre todo de los que modernamente se ha dotado la llamada lógica matemática, que en éstos podría desaparecer toda incertidumbre, pero a costa de un empobrecimiento y de una inmovilidad que podía resultar absoluta, lo que los dejaría inservibles para ser aplicables a la realidad, que como tal es muy rica y muy cambiante, muy dinámica.

Y aquí no me refiero sólo a la realidad del mundo físico, sino también a la del mundo metafísico, la de las ideas, las de las matemáticas, por ejemplo, de las que se ocupan las ciencias llamadas abstractas. Es un hecho hoy generalmente aceptado, al menos desde que Gottlob Frege (1848-1925) lo intentó sin éxito, que las matemáticas no se pueden reducir a la lógica, que es lo que haría de ellas una ciencia absolutamente racional y para la que no sería necesaria intuición alguna, algo así como el componente motivacional de los números y de la geometría.

Muy lejos de esto se encontraba el ideal de Descartes, el mismo al que había apuntado Raimundo Lull en la Edad Media (1235-1315) y en el que se había de afianzar después G. Leibniz en la moderna (1648-1716). El ideal de ambos pensadores era el de convertir la discusión sobre cualquier tema en una sesión de frío cálculo. Lull, autor entre otras obras del *Ars magna*, llegó al extremo de estar persuadido de que la conversión de los musulmanes al cristianismo, sin duda el gran problema político de su tiempo en Occidente, era sólo cuestión de ir a ellos armados con los más rigurosos argumentos de la fría lógica. Se olvidaba, entre otras cosas, de que el problema de entendimiento entonces como hoy no era sólo de cultura racional, sino que era religioso, y en lo religioso se introduce un elemento de motivación muy fuerte, muy poderoso, que es el que resulta muy difícil, a veces imposible de desmontar.

Es el mismo problema que hoy pueden tener dos aficiones al fútbol de distinto equipo para ponerse de acuerdo en la interpretación de una determinada jugada, pues, como se suele decir, cada cual arrima el ascua a su sardina. Es la fuerza incuestionable, a veces insalvable, que tiene la motivación, que fácilmente se convierte en una religión o que es una religión. Era el caso de cristianos y musulmanes en la Edad Media, con el agravante añadido de que se trataba de la religión de Estado, lo que la identificaba con los intereses políticos y de todo orden del que tenía el poder.

De forma similar a como había pretendido Raimundo Lull para el conflicto entre cristianos y musulmanes, Leibniz pensaba que mediante la fría lógica se podían resolver todos los conflictos que, dentro del mundo católico, habían generado las conclusiones del Concilio de Trento (1546-1563).

Por analogía hoy, estos ilustres racionalistas, ante la crispación, la virulencia y el encono a que a veces suele llegar nuestra clase política en sus discusiones y discrepancias, invitarían a todos a sentarse a una mesa y a comenzar a hablar de acuerdo con este lema de Leibniz: "Calculemos, señores, calculemos". En efecto, si el lenguaje fuese absolutamente lógico, bastarían unas tablas de verdad correctamente aplicadas para hacer ver a cada político la parte de verdad que le asiste. El problema está en que hoy ya nadie admite que el lenguaje ordinario sea absolutamente lógico, pues resulta que cada término, cada expresión siempre encierra mucho más de lo que formalmente o a primera vista aparece. Se ha dicho, y no sin razón, que el hombre no ve lo que ve, sino lo que quiere ver. Con respecto a lo que escucha se puede decir otro tanto. Así, cuando un político hace una declaración, el

oponente nunca oye lo que el otro ha querido decir, sino lo que a él le ha interesado escuchar. Y en este sentido es en el que después suele soltar su réplica.

¿Es posible el entendimiento en una situación así? Teóricamente no, pero en la práctica ha de serlo, pues es necesario que los políticos crean en esta posibilidad, al menos los democráticos, lo que los obligará a dialogar hasta la extenuación, evitando que una parte, porque piensa que tiene toda la razón, rompa el diálogo y recurra a la fuerza más o menos bruta. Esto no quiere decir que al final, si hace falta, no se haya de recurrir a una solución de compromiso, de votaciones o de algún arbitraje que acepten las partes, lo que quiere decir que la solución nunca puede ser absoluta y definitiva, sino solamente relativa, temporal.

¿Y qué decir de la política internacional en el mundo de la actual globalización, muy especialmente en lo que se refiere al mundo musulmán, que, a partir de acontecimientos como los del 11-S en los EE UU y posteriormente en otras partes del planeta se están produciendo? Raimundo Llull, como buen lógico que era, según le está reconocido, echaría mano a unas correctas tablas de verdad para con ellas por delante acercarse a los terroristas de Al Queda, por ejemplo, y convencerlos de su error, también a los dirigentes de los países más integristas de esa religión y a los de los países que se consideran laicos y muy democráticos. Me parece que esta salida hoy hace sonreír. Pero me parece también que la salida opuesta, la de oponer una motivación más fuerte y más violenta a las motivaciones de los que no parecen dispuestos a entrar en razón ha de hacernos llorar. Lo que, a mi modesto entender, exige que el problema se afronte no con la pura razón ni con la brutal motivación, sino con una buena inteligencia, la del equilibrio entre ambas, que es lo que aconseja el buen sentido, que dicen los franceses, o el sentido común, que decimos los de aquí abajo.

En las cuestiones científicas parece que, al poder ser mucho más objetivas, no debería haber dificultad alguna para el entendimiento. Pero esto exigiría un lenguaje riguroso, absolutamente lógico, lo que es una quimera, yo diría que es una cosa formalmente imposible por contradictoria, primero con la naturaleza del propio lenguaje, que es dinámica, después con la naturaleza de la realidad que con él queremos expresar, que también lo es, así como el pensamiento que tenemos de ella. Pero es que además conviene que sea así, pues de lo contrario estaríamos condenados a la desaparición, por no decir a la desesperación por falta de unto, por falta de fluidez.

En resumen, estamos condenados a no entendemos nunca del todo, lo que es la mejor garantía de que nos podamos entender en algo, es decir, de que nadie vaya a poder imponer su opinión a los demás de manera dogmática, por no decir violenta. A esta conclusión se llega cuando a la certeza se la coloca en un punto de equilibrio entre lo racional y lo razonable.